

Producción, reproducción y esfera pública: las que limpian

Yolanda Martínez Suárez*. Universidad de Santiago de Compostela

Recibido 10/03/2023

Resumen

Este artículo tiene por objeto reflexionar sobre la articulación de la producción y la reproducción desde un plano normativo, a partir del movimiento de las que limpian. Para ello se analizará la lucha de las Kellys siguiendo la conceptualización de «luchas de frontera» de Nancy Fraser. Se examinarán las estrategias de invisibilización del trabajo de infraestructura del cuidado y su articulación entre lo público y lo privado, dando cuenta de sus contradicciones. Para concluir, poniendo el foco en el proceso de visibilización de este colectivo, señalando las consecuencias sociopolíticas de su emergencia como sujeto político.

Palabras clave: reproducción, trabajo, Kellys, invisibilidad, servicios, «luchas de frontera».

Abstract

Production, reproduction, public sphere: the women who clean

This article aims to reflect on the articulation of production and reproduction from a normative level, based on the movement of the women who clean. For this purpose, the Kellys' struggle will be analyzed following Nancy Fraser's conceptualization of «boundary struggles». The strategies of invisibilization of care infrastructure work and its articulation between the public and private spheres will be examined, taking into account their contradictions. To conclude, focusing on the process of visibilization of this collective, pointing out the socio-political consequences of its emergence as a political subject.

Key words: Reproduction, Work, Kellys, Invisibility, Services, «Boundary Struggles».

* Esta investigación ha contado con el apoyo del Proyecto Reproducción Biológica, Reproducción Social y Esfera Pública (PID2020-115079RB-I, AEI/FEDER, UE).

Producción, reproducción y esfera pública: las que limpian

Yolanda Martínez Suárez. Universidad de Santiago de Compostela

Recibido 10/03/2023

Hablar de esto es urgente. Porque hay quien nunca ha limpiado un váter y hay quien limpia quinientos al mes.

Bolado, Castro y Kendelman (2022: 70)

§ 1. Introducción: de la invisibilidad al movimiento

La limpieza forma parte, junto con otro tipo de actividades como la compra y preparación de alimentos, de las tareas de infraestructura del cuidado (Carrasquer *et al.*, 1998). Esto es, de las tareas que componen los cuidados indirectos, «lo que tradicionalmente se conocía como trabajo doméstico: tener la casa y la ropa limpia, cocinar, comprar, etc.» (Borderías, Carrasco y Torns, 2011: 71). Tareas que, junto con los cuidados directos, hacen habitable el mundo, hacen vivible la vida. Son tareas necesarias, esenciales, que se presuponen y, por ello, no se visibilizan. Tareas cuya invisibilidad viene heredada de sus agentes (Borderías, Carrasco y Torns, 2011). Se presupone que las mujeres son quienes limpian, y pese a que desde los años 70 han empezado a contarse en las estadísticas, siguen sin verse ni reconocerse. La feminización del cuidado es global, como apunta Benería: «la concentración de la mujer en el trabajo doméstico es prácticamente universal [y si bien] en las actividades no domésticas la división sexual del trabajo es más compleja» (Benería, 2019: 137) para el caso concreto de la limpieza de las habitaciones de los hoteles, el movimiento en torno al que reflexionaremos, la feminización —y la invisibilidad— es también un hecho (Cañada, 2015; Cañada, 2018b). No hay más que reparar en el nombre del sector, camareras de piso, conocidas popularmente como las que limpian, las *Kellys* —en su acrónimo. Un colectivo de mujeres trabajadoras que hasta hace poco más de cinco años permanecieron, al igual que sus tareas, en su tradicional invisibilidad. La virtud de la discreción va incluida en el estereotipo de la limpiadora. Así para Carrasquer *et al.* (1998: 96), una de las tres características definitorias del trabajo de reproducción es

precisamente «permanecer invisible incluso a los ojos de las personas que lo llevan a cabo». Las mujeres que limpian (al menos en su versión mercantilizada) no deben verse, o, lo que es lo mismo, su presencia no debe ser evidenciada, es decir que no debe quedar ningún resquicio o señal que nos haga pensar sobre su existencia, pongamos por caso un pelo en la bañera, una huella en el espejo o, peor aún, un trapo en la mesa. Nada que evidencie lo «“inoportuno” que resulta dicho trabajo para la dinámica pública» (López-González y Medina-Vicente, 2020: 4).

Pocos son los imaginarios de las mujeres de la limpieza, sin embargo, los que hay asoman con forma de transgresión inquietante. La primera es la polémica protagonista de *Cenicienta*. En su lectura feminista, se reivindica el origen oral del cuento como instrumento de canalización de la creatividad de las mujeres. *Cenicienta* nace en la Antigüedad en China como una historia por y para mujeres sobre el trabajo de cuidados y llega a Europa por la ruta de la seda, dejando en el imaginario una serie de posos de transformación: la reivindicación de la amistad, la violencia contra las mujeres y la opresión de la servidumbre (Sergeant, 2021). Rasgos que se mantienen en las versiones de las *conteuses*¹ pero que se pierden en las adaptaciones de Perrault, Grimm y Disney. Estas últimas, lejos de suponer una transgresión, reafirman los espacios asignados según el sistema de sexo-género². Más recientemente y ya fuera del espacio doméstico, destaca la cinta, dirigida por Haeb en 2014, *Lynn, la camarera*, que se esconde bajo las camas del hotel Edén, para conocer los secretos de los clientes, violando así, de forma muy evidente, la cláusula de discreción implícita en el contrato de las que limpian. Lucia Berlin nos recuerda en su *Manual para mujeres de la limpieza*, que «Las mujeres de la limpieza lo saben todo» (Berlin, 2016: 49) y precisamente por ello deben guardarse de agitar el avispero que anida en toda frontera. Su posición a caballo entre los espacios público y privado, entre la producción y la reproducción conlleva la necesidad de lidiar con la posibilidad de visibilizar las dicotomías y las consecuencias que de ello se derivan. Si bien el trabajo de limpieza fuera del hogar y

¹ En la versión de Marie-Catherine D'Aulnoy, la más famosa de las *conteuses*, aristócratas francesas del siglo XVII que transformaron los cuentos tradicionales en cuentos de hadas, pasando del registro oral al escrito, *Cenicienta* además de mantener la autoría femenina, conserva ciertas preocupaciones feministas.

² En este sentido sería interesante analizar las transformaciones del personaje de la madrastra, que en la versión de Disney representa el *summum* de la caricaturización de la figura de la mujer con poder (Sergeant, 2021).

con una remuneración asignada no encaja ya del todo en la categoría de trabajo de reproducción sí sigue siendo una «extensión de la labor de amas de casa» (Federici: 43), como lo son la mayoría de las actividades retribuidas ocupadas fundamentalmente por mujeres (Benería, 2019: 139). Los límites entre el espacio público (de la limpiadora) y privado (de los clientes) se manifiestan en un fino equilibrio evidenciado por Berlin (2016: 52) con otro de sus mordaces consejos: «(Mujeres de la limpieza: como norma general, no trabajéis para las amigas. Tarde o temprano se molestan contigo porque sabes demasiado de su vida. O dejan de caerte bien, por lo mismo.)». El tema de la amistad, que también vehicula el cuento de *Cenicienta*, y el del amor entre clases, aparece asimismo como un vector que complejiza la relación entre empleador-empleada en *Diario de una camarera* de Jean Renoir, film adaptado de la novela de Octave Mirbeau, o más recientemente en la serie de Netflix *La asistente* (2021), adaptación de la autobiografía de Stephanie Land.

Es precisamente su carácter de posición fronteriza, entre la producción y la reproducción, entre lo público y lo privado, entre lo visible y lo invisible, entre el empleo y el trabajo de servicio o como diría Geneviève Fraisse (2002: 227), «entre gratuidad y salario, intimidad y publicidad, emancipación de las mujeres y tradición de la función femenina», la que hace del nicho de la limpieza de los hoteles (equiparable al de otros espacios públicos), un lugar privilegiado para evidenciar alguna de las contradicciones del sistema, en lo que constituye una de las «luchas de fronteras» (Fraser y Jaeggi, 2019)³ más reseñables de la actualidad: la visibilización de las Kellys.

Como señala María Mies (2019), en el feminismo, la práctica suele venir antes de la teoría. De ahí la pertinencia de analizar este movimiento y los conflictos que comporta

³ Fraser entiende las luchas de frontera, en un sentido polanyista, como aquellas que «estallan donde están las divisiones institucionales constitutivas del capitalismo: donde la economía se encuentra con la política, donde la sociedad se encuentra con la naturaleza, y donde la producción se encuentra con la reproducción» (Fraser y Jaeggi, 2019: 79). Son luchas endémicas del capitalismo, entendido como orden social institucionalizado, que confluyen con las luchas de género y clase. En la medida en que esas luchas surgen «en los puntos donde la producción se junta con la reproducción, la economía se junta con la política» (2019: 172), nuestro caso se presta a la aplicación de esta categoría y su estudio bajo la clave sistémica. Ya que, como apunta Fraser: «Hablar de “luchas de frontera” significa ocuparse de cómo el conflicto social se centra en las divisiones institucionales constitutivas del capitalismo y las combates» (2019: 172). Para un aproximación a la teoría crítica feminista del capitalismo de Nancy Fraser, y a su encaje de la dimensión analítica y crítica, véase Sales (2021).

ya que, siguiendo a Leopoldina Fortunati (2019), los movimientos son la forma de organización política más compatible con las mujeres. Y si bien, las Kellys no se autoidentifican como feministas, sus acciones y reclamaciones comportan una «repolitización del concepto de cuidado» (López González y Medina-Vicente, 2020: 9) en clave feminista. A continuación, se presentarán las particularidades del movimiento y su potencial iluminador y por lo tanto desestabilizador de categorías del sistema, así como las consecuencias para la manera de estar en el mundo de las mujeres.

§ 2. La lucha colectiva e individuación de las Kellys

El movimiento de las que limpian los hoteles tiene como antecedente, en España, la publicación de una noticia en 2014 en *El País*, firmada por Ernest Cañada, sólo unos meses después de la difusión de la primera gran campaña sindical internacional sobre esta profesión. Cañada arranca su reportaje con la siguiente sentencia:

El trabajo de las camareras de piso es esencial para el funcionamiento del sector turístico. Pero es muy poco lo que los huéspedes de los hoteles saben de ellas [...] Tampoco el gran público es consciente de la dureza de su trabajo. [Cañada, 2014]

En la entrada, Cañada introduce las claves de la cuestión: el trabajo de las que limpian es esencial, duro e invisible. Esa primera noticia a nivel estatal se hizo viral en las redes sociales digitales y desencadenó una serie de comentarios de camareras de piso, poniendo las bases para su asociación y articulación como movimiento. Dos años después, en 2016, tras meses de actividad autoorganizativa en Internet (fundamentalmente articuladas desde la página de Facebook: *Las Kellys*), se constituyen como asociación, registrándose a nivel estatal, y en 2018, por un lado, Las Kellys Cataluña se inscribe como sindicato y, por otro lado, la Asociación a nivel estatal se convierten en sujeto político al lograr reunirse con el presidente del Gobierno de España por aquel entonces, Mariano Rajoy, tras mantener una intensa agenda de reuniones, y presentar sus reclamaciones sin mediación sindical externa, articuladas como su propio movimiento. Un movimiento que desde 2018 ha aumentado su visibilización política, mediática y cultural. A partir de su emergencia como sujeto hasta la actualidad acaparan páginas de medios nacionales e internacionales en un

ejercicio de visibilización en la esfera pública cuyos efectos intentaremos presentar en lo que sigue. Además de la agenda mediática, las Kellys se colaron en la programación cultural: con documentales como *Hotel Explotación: las Kellys* de Georgina Cisquella, la novela *Ceniza en la boca* de Brenda Navarro o la reciente sátira teatral *Las que limpian/As que limpan*, estrenada en 2022 por la compañía A Panadaría, en el Centro Dramático Nacional. Esta última obra resume la crítica a las condiciones del sector en la escena 3. Tutorial Lili:

Vos sos la nueva. ¿no? Yo te voy a explicar cómo tenés que hacer las habitaciones [...]. Mirá, la cosa es: vos tenés que diferenciar entre cliente y salida. Clientes es una persona que ya se va y va a venir otra persona. Entonces vamos a centrarnos en las salidas porque dan mucho más laburo, ¿sí? Lo primero es... [...] llamar a la puerta y, si no está el cliente, podés pasar; si está el cliente, no podés pasar, ¿sí? Esto es una cosa nueva: no se puede hacer la habitación. Una vez entrás, te ponés a hacerla. Siempre las hacés con la puerta abierta, ¿sí? Que vean que no estás afanando nada⁴. Lo primero, tenés que ventilar porque ahí huele a cualquier cosa menos a algo rico. [...] Si no hay terraza, abrís la ventana y si hay terraza, abrís y te vas a la terraza. En la terraza tenés que limpiar los cristales. No puede quedar una huella dactilar, ¿viste? Porque la gente quiere pensar que ahí nunca hubo nadie, que son los primeros en pisarla. No puede quedar ni una huellita, ¿sí? ¡Ojo acá! Porque hace poco una mujer se cayó y se murió. Entonces bueno, después te vas para dentro y te vas de la terraza hacia dentro. ¡Es muy importante no perder paseo! Siempre se hace de fuera hacia dentro, ¿sí? Entonces te vas a la cama. [...]. Mirá tenés que limpiar el polvo en las esquinitas, che porque la gente es conchudita, viste, y entonces va y pasa el dedito y dice: «Es que no limpiaron bien la habitación». ¡Y claro, hermano, no tengo tiempo de hacerlo todo perfecto! Después te vas a pasar la aspiradora, [...] y no podés perder tiempo.

Entonces te vas hacia el baño. Ahora el cuidado porque los productos... Son nocivos, son tóxicos, son corrosivos, son inflamables... [...] Entonces bueno, nos vamos para el baño [...]. Ahora otra novedad es que les ponen mamparas a todas las bañeras. Entonces, limpiás la mampara y no puede quedar ningún resto biológico. La gente, de verdad, se quiere sentir especial y en ese baño estuvieron mil millones de personas, ¡da igual! Vos limpiala. Cuidado acá porque hace poco una compañera se resbaló y se desnucó.

Después de eso, te vas al váter. ¿Qué te voy a decir del váter que no sepas? [...] Después cambiás las toallas. Las toallas seguramente estén en el suelo porque lo ponen en unos letreros. Letreros que obviamente no hizo una camarera de piso. ¿Porque vos sabés que las toallas pesan el triple en húmedo que en seco? Después vos llegas a tu casa y te duele la espalda, y ya sabés de qué es. [...]

⁴ Otro de los aspectos que requeriría una mayor atención es el imaginario de las limpiadoras que roban, en el que no puedo detenerme aquí.

Recogés las toallas y ponés las nuevas y te vas a hacer los otros veinte cuartos que te quedan. [Bolado, Castro y Kendelman, 2022: 13-15]

Siguiendo a Fraisse (2002), a propósito de la formación del individuo y la identificación de sus tareas, podemos ver en el fragmento citado la cuestión de la capacitación. En este caso, una de las camareras de piso forma a otra en sus tareas, en una ficción, ya que como ellas mismas denuncian, tras la disminución de personal y el aumento de la carga de trabajo que sufren desde la crisis, las cadenas de capacitación se han truncado, lo que supone una serie de consecuencias, como el aumento de enfermedades profesionales y accidentes laborales —mencionado en la escena de *Las que limpian*— o una mayor desvalorización, al reforzar la idea de que lo que hacen no es trabajo, y no debe aprenderse, ya que se hace de manera natural. Esto remite a los tres primeros procesos señalados por Tronto (1993): i) la pretendida inferioridad de las actividades y personas que las realizan; ii) la supuesta facilidad de las tareas y la ausencia de capacitación de las mujeres que las llevan a cabo y iii) la naturalización. Cañada (2015), en un volumen de entrevistas realizado a partir de los contactos iniciales a las autoras de los comentarios a su noticia en *El País*, recoge varios testimonios que apuntan estos datos, como el de Mérida: «Ahora no se les enseña bien. A mí sí me enseñaron bien porque me tuvieron quince días con gente y te decían que no te doblaras así porque mira cómo estoy yo [...]. Ahora esto no lo podemos transmitir porque no hay tiempo» (Cañada, 2015: 85) o el de Pepi García respecto a la naturalización: «Yo no sé por qué, eso habría que estudiarlo, pero a las camareras de piso nos encanta hacer el trabajo que hacemos. Yo creo que antes, por el rol adjudicado a la mujer, nos era muy fácil tener una habitación limpiita, y si eso te lo dan como forma de vivir, como salario, te genera el sentimiento, que trabajar es fácil» (Cañada, 2015: 137). El testimonio de Mireia también recoge la facilidad: «Todas las mujeres sabemos trabajar, el problema es que no nos dejan hacerlo bien [...]. Entonces sientes que no te valoran en nada» (Cañada, 2015: 129).

La percepción de las mujeres hoy tiende a distanciarse del imaginario de la «sirvienta para todo» (Fraisse, 2020: 225), de la servidumbre, que coincide con la taxonomía de Tronto. Sin embargo, esta idea, este estereotipo, persiste. Y así lo refleja la prosa de Berlin: «Nunca me veo como “señora de la limpieza”, aunque así es como te llaman: su señora o su chica.» (Berlin, 2016: 59). Las heterodesignaciones para las

camareras de piso —que pueden leerse hoy en las bolsitas de higiene colocadas en los baños de varios hoteles—, «camarera» en español, «*empregada*» en portugués, «*femme de chambre*» en francés, «*chamber maid*» en inglés o «*zimmermadchen*» en alemán, etc. coinciden en marcar el género femenino. Y mantienen la denotación de su encasillamiento en la servidumbre, heredada de la esfera privada por los nuevos empleos⁵. Fraisse (2002: 225) identifica la heteronomía de las trabajadoras domésticas en «la relación obligada del servidor y de maestro». Sin embargo, las que limpian «sí entienden correctamente el valor de lo que hacen» (Tronto, 1993: 117). Además de sus discursos, que a continuación desgranaremos, su propia autodesignación como movimiento, las Kellys, apunta hacia la conciencia del valor de su tarea y de su carácter fronterizo. Volveremos sobre ello.

Retomando a Fraisse (2002) y a la necesidad de identificar la profesión, a partir del fragmento, podemos identificar tareas de limpieza de habitaciones de hotel y al individuo que las realiza. La voz de la camarera de la escena, con timbre de mujer y marcado acento argentino apunta hacia la feminización y la extranjerización, ambas ligadas a la precarización, del trabajo turístico, en general, y de las tareas de las camareras de piso, en particular: «Son mujeres, porque es un trabajo feminizado en su práctica totalidad, que se dedican a limpiar las habitaciones de los hoteles, que tradicionalmente habían atendido de forma personalizada al cliente» (Cañada, 2015: 23). Y que hoy deben desempeñar necesariamente sin la presencia del cliente. La norma de entrar sólo tras comprobar que este no está presente refuerza la invisibilización de estas trabajadoras y apuntala su estatus de inferioridad mediante el proceso de la discreción, el cuarto y último de la taxonomía de Tronto (1993), a la vez que refuerza estereotipos negativos como el de la ladrona.

La invisibilidad de la profesión retroalimenta su idealización y refuerza los estereotipos de género, a la vez que sirve de coartada al sistema sexo-género para aumentar la vulnerabilidad de las mujeres. Por una parte, y como señala Cañada: «con esta imagen pública, entre la invisibilidad y la idealización cómoda, cuesta imaginar

⁵ Según recoge el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE)*, *camarera* etimológicamente viene «Del lat. mediev. *camararius* 'criado de cámara', der. De cámara 'habitación'; cf. lat. tardío *camerarius*.». En su segunda acepción, se refiere a las camareras de piso: «2. m. y f. Persona que tiene por oficio acondicionar las habitaciones o atender a los clientes en un hotel, o a los viajeros en un medio de transporte».

que estemos hablando de un trabajo muy duro» (Cañada, 2015: 22), de modo que se desactiva el potencial transformador de las contradicciones del sistema dicotómico público-privado, al invisibilizarlas. Como sostiene Antonella Picchio, lo que se oculta no sería tanto la propia figura de las que limpian, como «la relación de producción-reproducción que caracteriza el sistema capitalista» (1994: 454). Y, por otra parte, al mantener opacas las condiciones de precarización del sector, contribuye a un aumento de la explotación que incurre en una mayor vulnerabilidad de uno de los colectivos que mejor se ajusta al patrón laboral de la precariedad, reforzado ahora por la crisis postpandemia.

Desde la crisis de 2008 ya se había precarizado la profesión, esto es, producido una degradación de las condiciones laborales del sector hotelero y, una progresiva sustitución de las camareras de piso «por trabajadoras más jóvenes de origen extranjero que se fueron incorporando en peores condiciones» (Cañada, 2018a: 120). Pero «si se compara el impacto de la crisis de 2008 y el de la COVID-19, este último es mucho más significativo y tiene más probabilidades de profundizar las desigualdades entre las personas con niveles educativos más bajos» (Velasco, 2021: 39), es decir, sobre los trabajadores considerados no esenciales y especialmente «a las más débiles y, de entre los débiles, a las mujeres», que es a quien les ha ido peor (Velasco, 2021: 54). Trabajos considerados no cualificados y que, en el caso de las camareras de piso, coincide que no se pueden hacer de modo remoto, mediante la digitalización acusaron en mayor medida la nueva crisis. La limpieza es un sector esencial, que *a priori* se pensaría revalorizado durante una pandemia. Sin embargo, al cerrar la hostelería durante la fase aguda de la expansión del virus y agravarse la crisis económica en la era post-pandémica —cabe resaltar que las cifras del turismo lejos de caer han experimentado un fuerte repunte— la situación laboral de las camareras se ha resentido. La digitalización, así como antes la mecanización, apenas ha tenido incidencia en esta profesión. En parte, por el ideario de la naturalización: son pretendidamente tareas de mujeres, que se realizan de modo innato, fáciles, sin capacitación, ni reconocimiento y, en parte, por la baja remuneración de estos empleos, que no hace rentable una inversión de este tipo. La tecnificación de esta profesión complicaría la dinámica de enmascarar la capacitación técnica que requieren las profesionales y, a la vez, no compensaría en términos de inversión-beneficios, ya que

se tardaría mucho tiempo en amortizar la compra de los equipos que facilitasen las tareas de limpieza, habida cuenta del bajo coste del servicio por los bajos salarios de las que limpian. Frente a otros sectores de la hostelería, como por ejemplo las recepcionistas, que sí han avanzado en estas cuestiones, las camareras de piso siguen empujando el carrito mismo carrito de siempre de la ropa limpia, pasando el trapo y haciendo las camas, cargando las bolsas de ropa sucia y realizando el resto de sus tareas de manera analógica.

Más allá del uso del aspirador, frente a la escoba, donde sí han emergido las tecnologías en su trabajo es en la valoración de los clientes. Como indica Velasco (2021: 66), los algoritmos «lo que hacen es mediar entre las personas que realizan las tareas y los clientes», exculpando a los responsables del servicio, esto es a hoteleros y empresas de contratación de personal. De modo que la automatización, como sostiene Velasco (2021), está aumentando las desigualdades de sexo-género y procedencia. No sólo no ha mejorado las tareas de las mujeres, aplicando las tecnologías para aligerar el trabajo manual, si no que en este sector, la introducción de la tecnología laboral se sitúa del lado del aumento de la presión y por tanto de la carga. En el fragmento de la escena de *Las que limpian* insertada arriba, está presente la voz del cliente en la imaginación de la camarera: «Es que no limpiaron bien la habitación»⁶. La preocupación por la satisfacción, registrada en cuestionarios crecientemente digitales, está ahí durante toda la jornada. Tras la entrada al trabajo, según el horario, lo primero es una reunión con el equipo donde se les informa de la satisfacción del cliente, allí las gobernantas les dan su chuleta de trabajo y empieza la carrera contrarreloj para completar el número de habitaciones que, como reflejaba el extracto de la escena citada, tienen a rondar las 20 diarias⁷.

⁶ Queda para otra ocasión el estudio de la figura de la gobernanta y las implicaciones para el movimiento de las Kellys que tiene este sujeto ambivalente, situado en una zona gris del control y la presión a la posible aliada.

⁷ Cabe señalar que para el caso de las Kellys, la tarea no se corresponde exactamente con ninguna de las unidades económicas de medida. Si bien tienen un horario, esto es, unidades de tiempo, su trabajo no finaliza cuando el reloj lo indica sino cuando han terminado de hacer el número de habitaciones asignado. Las denuncias sistemáticas del colectivo de la excesiva carga de trabajo y de las horas extra diarias sin remuneración evidencian la falta de correspondencia entre las unidades económicas: el tiempo y la moneda. Podría decirse que la unidad económica de este trabajo son las habitaciones, con el consiguiente perjuicio al no estar ajustadas con el sueldo o/y el horario.

La desprofesionalización promovida por el aumento de la carga de trabajo y la mayor externalización y contratación eventual —la mayoría son fijas discontinuas o eventuales— tiene como efectos inmediatos el estrés y la pérdida de autoestima, así como toda una serie de problemas de salud, física y mental, que trataremos más adelante. Antonella Picchio apunta a que «cuanto más alineados son la relación entre las personas y el sistema productivo, más pesado y difícil resulta el trabajo doméstico» (Picchio, 1994: 456). Lo que podría extenderse, habida cuenta de su carácter fronterizo y de herencia efectiva de varias de sus características, al trabajo de reproducción que hacen las que limpian los hoteles en su jornada laboral, sin olvidar que a este habría que sumar el que les espera al llegar a sus hogares, tras limpiar su número de habitaciones diarias asignadas. De ahí que una de sus principales reclamaciones sea relativa a la excesiva carga de trabajo. Además de un trabajo duro, físicamente exigente, con las nuevas dinámicas laborales sufren la frustración de no poder completar sus tareas «como se debe», dicen ellas. Lo que a su vez genera un sentimiento de pérdida de confianza y de autoestima laboral y personal, en tanto el trabajo de reproducción es asumido, de manera acrítica y en general, como una prolongación de la propia identidad de ser mujeres. Dolores Ayas apunta esta idea, en el libro de entrevistas de Cañada (2015: 469), «eso es un estrés enorme porque uno no trabaja en condiciones. Y al final la cara la damos nosotras, y el cliente debe pensar: “Mira que tía más guarra”. Me da mucho coraje que las cosas no se hagan como se debe».

En 2014, la Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación, Agrícolas, Hoteles, Restaurantes, Tabaco y Afines (UITA), lanzó una primera campaña a nivel internacional para la dignificación de las condiciones de trabajo de las camareras de piso, simbolizada con el típico cartel de puerta, pero con la frase: «*Make up my work place. Dignity for hotel housekeepers*» inscrita en él. La campaña de la confederación internacional de sindicatos pretendía corregir la «vergüenza» que siente Lola, cuando «el cliente nos ve[a] correr de esa manera» (Cañadas, 1995:65). Para el caso de los trabajos de reproducción, la pérdida o ausencia de dignidad no es algo nuevo, sin embargo, aquí con la crisis y su respuesta comercial: externalización y precarización, se ha agravado todavía más su estatus de inferioridad, y lo ha hecho, de nuevo a costa del cuarto y último punto de la taxonomía de Tronto (1993): la discreción.

El primer paso de este movimiento ha sido la consciencia de la invisibilidad y anomia como síntoma, como causa del problema y a la vez solución, de su precaria situación. Los comentarios a la noticia de *El País* de Cañada (2014) mostraban, por primera vez en España, la voluntad de dejar de callar. El silencio por el miedo a las represalias había sido hasta el momento el diagnóstico que hacían los sindicatos del atoramiento de la situación de las camareras de piso. Un miedo que había sido alimentado por la división y la segmentación —de sexo-género y también de origen— que acompaña a la explotación. Las Kellys, en su acción, comprendieron y demostraron que su situación no es personal, sino colectiva y pública. Como Amorós (2005) señaló, a las mujeres se les niega la individualidad en tanto están apartadas del poder. Así, con la constitución de la Asociación Las Kellys, las camareras de piso aparecieron en el espacio público con voz propia. Las firmantes del nuevo pacto que engendró el movimiento fueron conscientes de la enseñanza de la filósofa: «El poder tiene efectos de individualización a la vez que efectos de paridad» en tanto «El poder, como es obvio, lo es siempre de grupos y no de individuos aislados» (Amorós, 2005: 452). La constitución de Las Kellys significó la erección de un «espacio de las iguales», un paraguas que las resguarda de las represalias y que aúna sus fuerzas para reivindicar su espacio y sus derechos. La Asociación desde el primer momento se alejó de portavocías, intermediaciones, representaciones o personalismos. Apostó por la horizontalidad y la paridad, por la igualdad. Desde un principio, se distanció de sindicatos, partidos y otros colectivos que hablaban por ellas. En uno de sus comunicados, lo motivan: «La Asociación las Kellys queremos seguir siendo independientes y apartidistas para ser fieles a nuestro Manifiesto y a nuestros principios» (Las Kellys, 2018). Asimismo, rechazaron los personalismos, escenificando la expulsión de la fundadora del primer grupo de Facebook que articuló el movimiento y del que recibió su nombre⁸.

⁸ En 2014, Eulalia Corralero y Ana Belén García crearon el grupo de Facebook *Las Kellys*. En marzo de 2016, Corralero registró el nombre y legalizó la Asociación Las Kellys. En junio de ese mismo año, «la junta directiva de la asociación Las Kellys tomó la decisión de expulsar a su presidenta y fundadora, Eulalia Corralero» (Cañada, 2018a), quien mantuvo el control del grupo de Facebook, a partir del que surgieron nuevas asociaciones territoriales rotuladas como Kellys Union (Nombre del Territorio), conocidas como las Kellys confederadas. Desde la escisión, la Asociación Las Kellys priorizó Twitter y su web a Facebook. Frente a las Kellys Union que siguió ramificándose en Facebook.

El nombre hace referencia a como coloquialmente se conoce a las camareras de piso, *Kellys* como acrónimo de las que limpian. Así, siguiendo a Amorós (2005) podríamos decir que «las Kellys» son las Marías o las «Marujas» que limpian los hoteles. La elección, por su parte, del término genérico que se emplea para referirse a ellas como colectivo, separándolas «del espacio público, espacio de la visibilidad y del reconocimiento» (Amorós, 2005: 453), encierra un gran potencial transformador. La Asociación Las Kellys, y también Las Kellys Confederadas, ponen el foco sobre la contradicción. Por definición, son un colectivo indiferenciado de mujeres, sin nombre propio, encerradas en el espacio privado, en el trabajo de reproducción y sin mérito. Sin embargo, por acción, son todo lo contrario. Con su nombre, las idénticas se reclaman iguales. Mediante la visibilización de las contradicciones del sistema, las Kellys abren brechas que las aproximan al escenario de la firma de pactos, emergiendo como nuevo sujeto político.

§. 3. Realidad, demandas y estrategias

Las Kellys, en tanto sujeto emergente, reivindican su individuación. Así, en el cierre del *Manifiesto* fundacional de la Asociación, bajo el rótulo: «Para comprender mejor nuestro manifiesto», el movimiento colectivo, autónomo y horizontal, exalta su diversidad.

En Las Kellys hay mujeres diversas: algunas de ellas están en paro, otras en activo, algunas están de prácticas, otras cobrando, algunas son eventuales, otras están fijas, algunas trabajan en plantilla, otras para una empresa externa, algunas tienen contrato de media jornada, otras de 8h, algunas están afiliadas a diferentes sindicatos, otras a ninguno, algunas son españolas, otras extranjeras, algunas son camareras de piso, otras ocupan otros rangos en el departamento de pisos... Algunas de ellas llevan muchos años trabajando de camareras de piso y les preocupa su salud y en qué condiciones van a jubilarse, otras llevan menos tiempo y les preocupa no repetir una vida laboral igual o peor que la de sus predecesoras. Este espacio es de ellas, de todas ellas. [Las Kellys, 2016]

Las Kellys se alza como un espacio de reconocimiento, un espacio de las iguales erigido sobre la diversidad de cada una de sus miembros, un lugar de reivindicación de la individualidad que las aleja de las características que el sistema sexo-género capitalista les adjudica, como diría Amorós (2005). Su autonomía las separa de las

instituciones sindicales que, como denunció Hartmann (1994) hace casi medio siglo, refuerzan la segmentación del mercado de trabajo. Y las mantiene también independientes de los partidos políticos. Si bien, las Kellys han tenido contacto con varios partidos, en su acción política: la propuesta y defensa de la ley Kelly⁹, se han cuidado mucho de firmar matrimonios que pudieran resultar poco ventajosos para ellas, tomando nota de lo que le ha ocurrido al movimiento feminista en reiteradas ocasiones. Mediante su «apuesta por la autoorganización», Las Kellys (2016) se vacunan contra la limitación instrumental que los sindicalistas hombres han hecho «de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo» (Hartmann, 1994: 289) y mantienen su independencia, como ellas mismas exponen, poniendo el foco en sus circunstancias y sus demandas, invisibilizadas en todos los sectores (laboral, social, sindical y político) antes de su aparición en el espacio público (Cañada, 2015; 2018a; 2018b; 2019; Moreno y Cañada, 2018; López González y Medina-Vicente, 2020; Alcalde-González, Gálvez y Valenzuela, 2021). Así, el objetivo fundamental de la Asociación es «dar visibilidad a la problemática de las camareras de piso, así como contribuir a la mejora de su calidad de vida» (Las Kellys, 2016). En un ejercicio de coherencia, las Kellys apuestan por la paridad y alimentan la igualdad mediante el funcionamiento por grupos de trabajo territoriales autogestionados y comprometidos con la coordinación y la autonomía, que recuerdan a los grupos de autoconciencia feminista de los años 70. De este modo vehiculan las voces para que no se ahoguen en el ruido. O como reza su eslogan, estampado en las camisetas de color verde, distintivo del movimiento¹⁰: «Organízate si no quieres que te organicen».

En su lista de demandas, plasmada en el *Manifiesto* de la Asociación «secundado por todos los grupos de trabajo» (Las Kellys, 2016), figuran una serie de derechos y consiguientes cambios necesarios en el sector. Fundamentalmente, se refieren al reconocimiento del carácter de su trabajo: «trabajo penoso» con la correspondiente

⁹ Las Kellys presentaron ante el Congreso de los Diputados, el 25 de mayo de 2017, la propuesta de modificación del artículo 42 del Estatuto de los Trabajadores (ET): subcontratación de obras y servicios. Tras la presentación de la proposición de ley, impulsada por el PSOE, de modificación del art 42.1 del Estatuto de los Trabajadores para igualar las condiciones laborales de personal externo y en plantilla, y la proposición no de ley promovida por Podemos, Las Kellys, como explican en su web: «exigimos además ir más allá: prohibir la externalización de la actividad principal de una empresa, como es nuestro caso».

¹⁰ Las Kellys Confederadas se caracterizan por el uso del color blanco. De modo que dos son los colores de las mujeres que limpian en sus reivindicaciones, el verde y el blanco.

jubilación anticipada, de enfermedades profesionales y de igualdad laboral —en la contratación, sin cesiones, ni cambios de categoría—. Apelan al cumplimiento de la ley para garantizar unos «estándares laborales óptimos», con un salario justo, un buen trato libre de acoso laboral y/o sexual¹¹ y la posibilidad de conciliar, para lo que exigen un aumento de la actuación de inspección laboral. Esto es, reclaman un trabajo digno, que, en última instancia, redundaría en una vida digna. Exigen un reconocimiento de su trabajo que, siguiendo el hilo de la retroalimentación de las tareas y quien las ejerce en el caso de las mujeres —señalado por varias autoras citadas al comienzo de este texto—, comportaría la valoración de las trabajadoras: las que limpian los hoteles, revirtiendo el proceso de aumento de la segmentación y de las desigualdades entre las propias mujeres.

Heidi Hartmann, tras aproximarse a la segregación del mercado laboral, sentenció que «Si las mujeres quieren ser libres, deben luchar tanto contra el poder patriarcal como contra la organización capitalista de la sociedad» (Hartmann, 1994: 292). Y las Kellys han asumido ese reto. Las demandas del movimiento coinciden con la descripción de la realidad que viven, y que trasladan en el cierre de su manifiesto. En el fragmento arriba citado, se observa la precarización (inestabilidad, temporalidad, flexibilidad, externalización, parcialidad), la feminización y extranjerización, la falta de derechos básicos (reconocimiento de la categoría profesional, de enfermedades profesionales o de jubilación), así como la dureza de su trabajo, que comporta problemas de salud.

En el primer punto señalado: la precarización, el capitalismo y el sistema sexo-género se solapan y retroalimentan con la feminización del trabajo de servicios. La crisis, con la sobrecarga por las horas extra diarias sin remuneración, para poder completar el número de habitaciones asignado, y el aumento de la carga de trabajo por la menor contratación de la externalización, desvanece la promesa de conciliación familiar que trae la flexibilidad. Y, a su vez, el estrés sostenido y las enfermedades —provocadas por la aceleración del ritmo y la supresión de descansos y horas de

¹¹ Varios estudios (Cañada, 2019; Moreno y Cañada, 2020) han señalado la especial vulnerabilidad al acoso sexual de las mujeres que trabajan en el sector de la hostelería y concretamente en la limpieza de pisos, por sus dinámicas de trabajo (individual), espaciales (en dormitorios privados de clientes) y circunstanciales (miedo al cuestionamiento de los clientes ante posibles despidos).

comer (práctica generalizada en el sector de los pisos)— disipan la complicidad con el empresario que hace responsables a las trabajadoras frente al cliente.

La extranjerización, como la segmentación, tiende a atomizar a las trabajadoras en pequeños grupos, dificultando su diálogo, fomentando el individualismo y la división. La estratificación en categorías laborales y figuras contractuales diferentes, en relación directamente proporcional a sus marcas según las categorías de pertenencia: la nacionalidad de origen, pero también la edad, nivel de estudios, etc. establece una diferencia en la asignación a contratos fijos, fijos discontinuos o eventuales. Así como la colocación en puestos más o menos alejados de la esfera pública: cuanto mayor acumulación e intersección de marcas, mayor lejanía con el cliente, ya que la segmentación no sólo afecta a las ocupaciones sino también a los espacios (Alcalde-González, Gálvez y Valenzuela, 2021). Dinámica que complejiza el departamento de las camareras de piso, creando casuísticas y necesidades diferentes. El grado de autonomía y autoorganización de la agenda, así como la posibilidad de conciliación laboral y familiar, es inversamente proporcional a la precariedad, que a su vez depende de las mencionadas categorías. Así las mujeres de origen extranjero de clases más bajas, protagonistas activas de las llamadas «cadenas globales de cuidados» (Orozco, 2007: 4) o «cadenas mundiales de asistencia» (Hochschild, 2001: 187), promovidas por la migración de mujeres del Sur hacia Occidente para cubrir puestos de cuidados, tendrán que recurrir a diferentes estrategias de cuidado, como dejar a los/as hijos/as en origen con sus familiares frente a las mujeres nacionales que —gracias a una mayor previsión de su calendario laboral— pueden recurrir a su red familiar (local) o, en función de la clase social (si no son hogares monoparentales con un solo sueldo), pagar los cuidados infantiles, etc. lo que, en última instancia, evidencia la extensión y complejización de las cadenas (Orozco, 2007).

La precarización afecta especialmente a las personas que intersectan categorías marcadas, así, para el caso que nos ocupa, las extranjeras ven como los derechos laborales asociados (baja médica, paro, vacaciones pagadas, etc.) les son ajenos a sus tipos de contratos. A lo que se suma la mayor flexibilidad laboral y estrés, en tanto no pueden posponer tareas para otra jornada porque no las tienen aseguradas como sí les pasa a las fijas (quizás las manden a otra planta o edificio o no las llamen para trabajar). Con la consiguiente mayor exposición a sufrir enfermedades físicas o estrés, y sin las

herramientas para paliarlas (derecho médico o a descanso). Lo que, en último término, aumenta las desigualdades entre las mujeres (Borderías, Carrasco y Torns, 2011; Federici, 2018, etc.)

En el manifiesto, las Kellys sólo hacen mención al reconocimiento de las enfermedades del aparato motor y músculo esqueléticas (alimentadas por la incompatibilidad de aplicar las recomendaciones ergonómicas con la sobrecarga laboral), pero sus testimonios y las estadísticas apuntan hacia una elevada auto-medicalización, lesiones y operaciones recurrentes (túnel carpiano, articular, lumbar y cervical), problemas dermatológicos y alergias por el uso de productos tóxicos sin protección adecuada (recuérdese el citado fragmento de la escena de *Las que limpian*), así como a un alto nivel de estrés y ansiedad, derivado en cuadros depresivos, lo que tiene efectos negativos para su salud y también para sus derechos: «Para muchos médicos son enfermas crónicas, y los enfermos crónicos cansan [...]. Son mal vistas también por los inspectores del sistema de salud por las bajas y mal vistas por las mutuas. Y es muy difícil convencer a un tribunal médico para que se les otorgue a estas mujeres un grado de incapacitación parcial o total», como sintetiza el Doctor Joan López, entrevistado por Cañada (2015: 170). En este punto, actúa el imaginario de la naturalización y la supuesta facilidad de las tareas de reproducción, entre las que hemos situado a la limpieza, que desactiva el potencial crítico de las mujeres que las ejercen. Lo que, a su vez, se ve reforzado por el estereotipo de la debilidad de las mujeres, o su carácter de «quejicas». De ahí la importancia de que se reconozcan las tareas de las Kellys como «trabajo penoso» y puedan así acceder a los derechos derivados de su situación laboral, como en cualquier otro empleo.

La circularidad del argumento fue comprendida por las Kellys, que la enfrentaron de un modo multinivel: laboral, social y político. La invisibilización y falta de reconocimiento de su trabajo (y de su valía como profesionales) adquiere un punto de difícil retorno en la externalización al incrementar esta la carga de trabajo, y devolver el oficio a la esfera privada, opaca y sin derechos reconocidos ni vigilados; en definitiva, al acercar el trabajo de la limpieza de pisos de los servicios al servilismo y la servidumbre. La externalización provoca problemas de salud, económicos y personales individuales pero, sobre todo, comporta la atomización de «las idénticas». Al alimentar los conflictos, las diferencias, las desigualdades y la falta de solidaridad,

así como disminuir la capacidad de defensa colectiva (Cañadas, 2019), la externalización —último paso de la explotación capitalista actual— perpetúa los estereotipos que retroalimentan la segmentación y cierra las puertas de salida o ascenso a las personas de categorías marcadas, sexo-genérica y étnicamente, del que las Kellys son un ejemplo paradigmático.

En su senda de construcción de un espacio de las iguales, las Kellys optan por su visibilización y aparición pública como su principal estrategia, centrada en su oposición frontal a la externalización, fuente de su fragmentación, precarización y degradación económica, física y psicológica, causa y consecuencia de su invisibilidad y anomia. Una oposición firme a la externalización de su trabajo, presentada no sólo como un prejuicio laboral a un sector, el de camareras de piso, si no como una afrenta al cliente y a la sociedad. La visibilidad de la esencialidad de la tarea de cuidado y desinfección de las habitaciones de los hoteles, para su disfrute cómodo y seguro por los clientes —máxime tras una pandemia—, desplaza a los argumentos sindicalistas, para centrarse en los políticos y sociales. Con su estrategia de cambiar el foco del agravio (de ellas a los clientes), las Kellys trasladan al mercado (sin su sesgo doméstico) el debate de universalidad del cuidado¹². El cliente potencial de un hotel o apartamento es cualquier persona. Todos, por ende, necesitamos cuidados, y las Kellys los ofrecen en el espacio privado de los hoteles, situados entre la esfera pública y la privada. Defender su lucha de frontera es defendernos a nosotros mismos. Y ahí radica su éxito.

§ 4. A modo de conclusión

Las Kellys son uno de los capítulos de la «lucha larga y dura» contra el patriarcado capitalista (Hartmann, 1994: 294) que mediante sus técnicas subversivas ha intentado desestabilizar el pretendido equilibrio de la división sexual del trabajo. Frente al estereotipo de las «señoras de la limpieza», serviles, no cualificadas, dependientes e invisibles, las Kellys han mostrado a la sociedad su agencia, su protagonismo, su discurso de dignificación de un trabajo duro —pero no sucio ni servil—, la defensa de

¹² Repárese que desde esta perspectiva se está poniendo el foco sobre la universalidad del cuidado, pero sin lesionar el presupuesto del hombre independiente y autónomo, al presentar al cliente como el objeto de cuidado. Una estrategia que, si bien puede favorecer su aceptación social en este caso, no permite un avance integral de las teorías del cuidado.

sus habilidades como profesionales, el carácter esencial de sus tareas, la reivindicación de su voz autorizada en las cuestiones relativas a su trabajo (recuérdese el fragmento citado de la escena sobre los cartelitos de las toallas), la solidaridad entre compañeras y su autonomía y capacidad de organización como sujeto político emergente. Su estrategia consiste en dirigir el foco hacia las cuestiones que funcionan mejor en la opacidad. La aparición de este movimiento en la esfera pública atenta contra una de las características definitorias de la reproducción (Carrasquer *et al.*, 1998). Con su indiscreción, las Kellys exponen la esencialidad y universalidad de las tareas de infraestructura del cuidado. Y lo hacen deconstruyendo los estereotipos a su favor: mostrando todo lo que saben, denunciando que es a ellas a quien se les roba el tiempo y los derechos, apuntando la dificultad de su tarea.

La clave de su éxito es su carácter multinivel. No sólo interpelan a las gobernantas, los jefes de recursos humanos de las empresas de contratación o los empresarios de los hoteles (nivel laboral), sino que entran en el Parlamento y en las cámaras autonómicas, en las sedes de los partidos políticos y los sindicatos (nivel político) y llegan además a los potenciales huéspedes, a los ciudadanos (nivel social), y no como meros espectadores sino como beneficiarios de su lucha. El movimiento de las Kellys no es sólo una apuesta por derechos laborales, que también, sino sobre todo una brecha en la dicotomía de espacios público y privado que constituye el sistema capitalista neoliberal, toda una «lucha de fronteras» (Fraser y Jaeggi, 2019) que se solapa con una lucha de clases y de género. Una linterna dirigida al sistema sexo-género que liga los hilos de la precariedad y las ocupaciones tradicionalmente feminizadas.

Apoyadas en su estrategia de visibilización, a partir de la apropiación instrumental de las tecnologías —organizándose y proyectando su voz desde las redes sociales digitales—, las Kellys: i) avanzan en el Parlamento con su propuesta de ley Kelly de reforma laboral hacia la igualdad y paralización de la externalización, ampliando derechos laborales en la estela de la autonomía y la dignidad; ii) transforman el imaginario de la «señora de la limpieza»; iii) alimentando el debate sobre la relación de la reproducción con la producción; iv) abriendo la discusión sobre el turismo responsable¹³, y v) reforzando el discurso de la universalidad de los cuidados, lo que

¹³ Las Kellys Cataluña han puesto en marcha una web ética de reservas: *Central de reservas de Las Kellys*, que, de nuevo, responde al carácter multinivel de su acción. Ya que, si bien el proyecto del turismo justo

tiene una serie de efectos sobre la redefinición del trabajo y del espacio de vida común, así como sobre la manera de estar en el mundo de las mujeres.

Bibliografía

- Alcalde-González, Verna; Gálvez, Ana y Valenzuela, Alan (2021), «No clean rooms, no hotel business: Subversion tactics in Las Kellys' struggle for dignity in hotel housekeeping», en *Annals of Tourism Research*, 91(4), 103315.
- Amorós, Celia (2005), *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Madrid, Cátedra.
- Benería, Lourdes (2019), «Reproducción, producción y división sexual del trabajo», en *Revista de Economía Crítica*, 28, pp. 129-152.
- Bolado, Areta; Castro, Noelia y Kendelman, Ailén (2022), *Las que limpian*. Madrid, Centro Dramático Nacional.
- Borderías, Cristina; Carrasco, Cristina y Torns, Teresa (2011), «Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales», en C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns, (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid, Catarata, pp. 13-96.
- Cañada, Ernest (2019), «El trabajo de las camareras de piso: un estado de la cuestión», en *Papers de Turisme*, 62, pp. 67-84.
- Cañada, Ernest (2018a), «La rebelión de las camareras de piso», en P. Ibarra et al. (eds.), *Movimientos sociales y derecho a la ciudad. Historias de dignidad, resistencia y esperanza*. Barcelona, Icaria, pp. 118- 133.
- Cañada, Ernest (2018b), «Intensificación del trabajo en hoteles: la percepción de las kellys», en *Iglesia Viva*, 275, pp. 117-126.
- Cañada, Ernest (2015), *Las que limpian los hoteles*. Barcelona, Icaria.
- Cañada, Ernest (2014), «Las que limpian los hoteles», en *El País*, 30 de julio. <https://elpais.com/elpais/2014/07/30/alterconsumismo/1406706574_140670.html> [30/10/2022]
- Carrasquer, Pilar et al. (1998), «El trabajo reproductivo», en *Papers*, 55, pp. 95-114.
- Federici, Silvia (2018), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- Fortunati, Leopoldina (2019), *El arcano de la reproducción*. Madrid, Traficantes de sueños.
- Fraisse, Geneviève (2002), «Domesticidad, empleos de servicio y democracia», en G. Fraisse, *La controversia de los sexos. Identidad, diferencia, igualdad y libertad*. Madrid, Minerva, pp. 225-229.

puede tener en parte un carácter instrumental, al desactivar el *marketing* de los empresarios que externalizan y no respetan los derechos laborales de las que limpian, también contribuye a reforzar ese nuevo imaginario de las Kellys como mujeres fuertes, profesionales, con voz y criterio. Con la web avanzan su estrategia de «transformación social que va más allá de la contratación de alojamiento en los Hoteles. Queremos Limpiar el Mundo e inaugurar la Nueva Era del Turismo basado en el Respeto, la Belleza y el Bienestar, que anteponga los intereses humanos a los mercantiles en todo el planeta» (Las Kellys Cataluña, 2021).

- Fraser, Nancy y Jaeggi, Rahel (2019), *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*. Madrid, Morata.
- Hartmann, Heidi (1994), «Capitalismo, patriarcado y segregación de los empleos por sexos», en C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany (comp.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, pp. 251-294.
- Hochschild, Arlie R. (2001), «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en A. Giddens y W. Hutton (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo actual*. Barcelona, Tusquets, pp. 187-208.
- Las Kellys, Asociación (2018), «Comunicado de la Asociación ante las elecciones 2019», 6 de noviembre. <<https://laskellys.wordpress.com/2018/11/06/comunicado-de-la-asociacion-ante-las-elecciones-2019/>> [30/10/2022].
- Las Kellys, Asociación (2017): «Comunicado», 30 de junio. <<https://laskellys.wordpress.com/2017/06/30/comunicado/>> [30/10/2022].
- Las Kellys, Asociación (2016), «Manifiesto». <<https://laskellys.wordpress.com/manifiesto/>> [30/10/2022].
- Las Kellys Cataluña (2021), «Yo reservo con las Kellys». <<https://www.goteo.org/project/laskellys>> [30/10/2022].
- López-González, José Luis; Medina-Vicent, María (2020), «Las Kellys y el turismo: de la invisibilidad del cuidado a la visibilidad política», en *Digithum*, 25, pp. 1-13.
- Mies, María (2019), *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- Moreno, Daniela y Cañada, Ernest (2018), *Dimensiones de género en el trabajo turístico*. Barcelona, Alba Sud.
- Orozco, Amaia (2007), *Cadenas globales de cuidado*. República Dominicana, INSTRAW.
- Picchio, Antonella (1994), «El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado laboral», en C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany (comp.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, pp. 451- 502.
- Sales Gelabert, Tomeu (2021), «Capitalismo, reproducción y emancipación: la teoría crítica y feminista del capitalismo de Nancy Fraser», en *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, 24, pp. 14-27.
- Sergeant, Alexander (2021), «How Cinderella lost its original feminist edge in the hands of men», en *The Conversation*, 28 de junio. <<https://theconversation.com/how-cinderella-lost-its-original-feminist-edge-in-the-hands-of-men-163402>> [20/11/2022].
- Tronto, Joan (1993), *Moral boundaries. A political argument for an Ethic of Care*. Nueva York/Londres, Routledge.